

*Turismo*

CIUDADES CONTADAS

**En Dakar todos los paseos llevan al mar**

Nada más alejado del concepto occidental de playa. En Dakar, lo es todo: lugar propicio para refrescarse, jugar al fútbol, hablar, encontrarse, pero eso sí, cuando el sol comienza a declinar. Es parte de la vida cotidiana, sentencia, mientras recuerda cuando de pequeño, si no había escuela, acudía por la mañana con sus amigos a playas como Soumbédioune o Guédiawaye para ver a los pescadores que luego de estar toda la noche en alta mar regresaban con sus piraguas llenas de peces, que las mujeres aguardaban para llevarlos al mercado y venderlos. Aunque la pesca tradicional ha perdido terreno, en Dakar todos los paseos llevan al mar.

Desde el balcón de la casa familiar, en el Golf Sud, nunca ha dejado de impactarle ese amarillo y rojo, manchado de gris, del atardecer sobre el Atlántico que se abre camino de 6:00 pm a 7:00 pm, como si el tiempo se escindiera.

Entonces, piensa que todo en África tiene olor, incluso el sol.

Por más que intente explicarlo, tan sólo puede evocar su imagen: el astro como portador de todos los colores del mundo, de los más brillantes, pintando las cosas a su paso con su luz potente.

Así es Dakar, con ése su sabor fuerte que reconoce como mezcla entre *tieboudienne*, plato nacional a base de arroz con pescado, y *mafe*, arroz con salsa de maní y carne.

Su sola palabra le suena a tierra, a arraigo, con ese su nombre original, aunque deformado por los franceses: Dakhar, que en la lengua de la etnia mayoritaria de los wolof quiere decir tamarindo. Ese árbol ancestral inspiró *Las sombras en pos del tamarindo*, con el que Sidi Seck ganó el premio Martorell en el año 2000, tras ir a Granada para colaborar con la Universidad en la edición del libro *Introducción a la cultura y lengua wolof de Senegal*.

Entre sorbo y sorbo de té, la bebida nacional, de seguro más de una vez habrá oído afirmar que es el mejor lugar de África para escuchar música en vivo pues, como bien sabe, la capital senegalesa ha conciliado como ninguna la música autóctona con la occidental. Basta escuchar a Youssou N'Dour o Ismael Lo. Pero Sidi se queda con la música tradicional y sus instrumentos como el Kora, al que se

reconoce adicto este autor de *Voces de Kora* que le gusta ir a su encuentro en lugares típicos para conciertos como Sorano.

En medio de la ciudad con sus avenidas arboladas y las cafeterías y bares que plenan zonas como Point E, cree que para entender Dakar habría que dar un paseo por la Route de la Corniche, con sus acomodadas casas, y luego por barrios desfavorecidos como Guédiawaye.

Si fuese tras la presencia colonial, acurdiría a la Plaza de la Independencia, en pleno centro, y esa memoria que guarda de los tiradores senegaleses, esos hombres que Francia envió a luchar contra los nazis y que al volver desmitificaron el mito colonial, blanco, encendiendo la revuelta independentista.

Hacia el sur, por la avenida Roume, llegaría al Palacio Presidencial, rodeado de jardines, que lejos de su arquitectura que no le disgusta, le sienta mal que siga utilizándose como despacho de gobierno, cuando debiera conservarse como un museo para la historia, como testimonio de la injusticia colonial dejada atrás.

Pero si de la raíz se trata, ésta la busca en mercados como el Sandaga, el más grande de Dakar, que invita al encuentro, al intercambio de información, a la cita lejos del ambiente familiar.

Es la síntesis de todo, de la diversidad, se convence. Es el reflejo mismo del país, entre opiniones libres o quejas por el aumento del azúcar o el pan.

Para Sidi Seck, allí se cuece la esencia del África tradicional, tan apegada por siempre a la oralidad, a la comunicación y su culto en cada esquina.

TAL LEVY

Adaptado de  
"El Nacional", Venezuela  
Domingo, 19 de Junio de 2005